



ORDENES DEL AMOR

Todos los seres humanos actuamos por amor, pero no siempre las manifestaciones de ese amor producen los mejores resultados.

Para que los efectos de las manifestaciones del amor se traduzcan en vitalidad, energía, salud, armonía y felicidad, se requiere que exista orden, un orden en el amor, un amor ordenado.

Con el propósito de alcanzar para nuestras vidas los efectos de las manifestaciones del amor ordenado, iremos de la mano de Berth Hellinger.

Según Hellinger participamos de un destino familiar colectivo y nos encontramos sujetos a unos órdenes esenciales que llamó "Órdenes del Amor", y que para mayor claridad clasificó de la siguiente manera:

Primer Orden: Pertenencia.

Segundo Orden: Jerarquía.

Tercer Orden: Equilibrio entre el Tomar y el Dar.

Los órdenes del amor fluyen a través de los vínculos que se tienen con las personas o entidades con las que nos relacionamos.

Así, los resultados que obtenemos de la manera como nos relacionamos con nosotros mismos y con los demás, se convierten en un indicador que señala qué tan en orden se encuentran en nuestro interior y en nuestro sistema familiar los principios fundamentales de la pertenencia, la jerarquía y el equilibrio, y de qué manera nuestra conciencia y la del grupo interactúan con ellos.

Estos órdenes son leyes que están siempre presentes como telón de fondo en todo comportamiento, red familiar o en cualquier sistema. Todo sistema familiar que alinea los Órdenes del Amor, permite el fluir de la energía vital.

El amor impulsa la conducta, pero si hay desorden se oculta y solo puede aflorar al restablecerse el orden.

Para que fluya, primero es el orden y luego el amor.

1 -ORDEN DE PERTENENCIA:

“Todos los miembros tienen el mismo derecho de pertenecer al sistema.”

Este ser parte o pertenecer cobija tanto a los vivos como a los muertos, y aún a quienes por pérdida o aborto no han llegado a ver la vida, es decir, a los bebés que no alcanzaron a nacer.

La pertenencia **no es opcional**, sino que es inherente a la existencia misma.

A la red familiar pertenecen:

- Los hermanos y medios hermanos, incluso los que no llegaron a nacer, nacieron y murieron o nacieron muertos.
- Los padres, tíos, abuelos y bisabuelos.

- Aquellos que tuvieron un destino difícil, como los que fueron asesinados, estuvieron en la cárcel, fueron torturados, esclavizados, padecieron hambruna, miseria, etc.
- Aquellos que pertenecieron a la familia o al sistema y que cedieron el lugar para que otros lo ocuparan, como es el caso de las primeras parejas de padres o abuelos u otras relaciones significativas como novios o amantes. Estas personas voluntaria o involuntariamente dejaron su espacio de pareja para que fuera ocupado por quien vino después.
- Incluye relaciones de alianza más allá de las meramente consanguíneas, como las que se dan con algunos socios: los del pasado o los actuales. Estos miembros llegan a pertenecer por el simple hecho de haberse vinculado de esta manera con la red familiar.
- También incluye a aquellos que desde el dolor han afectado al sistema y así quedan vinculados a él, por ejemplo, un perpetrador, violador o asesino.
- Y los benefactores, ellos han desempeñado un papel importante en nuestra vida puesto que desde su actuar, han facilitado o permitido nuestro desarrollo personal o familiar.

No es posible no pertenecer.

“Cualquier integrante de la familia tiene el mismo derecho a pertenecer”

Si se niega la pertenencia: otro ocupa el lugar.

Se restituye: dando el lugar y reconociendo la igualdad.

Los vínculos son los lazos que nos unen al sistema al que pertenecemos, son las arterias por las que circulan las relaciones sistémicas operan lo sepamos o no y se manifiestan por medio de sus efectos.

Existe diversidad de vínculos y todos son permanentes, no se pierden, solo se fortalecen o se debilitan. La información viaja por estos vínculos sin límites de espacio o tiempo poniendo de manifiesto un eterno presente.

Estamos vinculados con personas con las que no nos relacionamos y podemos relacionarnos con personas sin que exista una vinculación.

SEGUNDO ORDEN: JERARQUÍA U ORDEN DE LLEGADA AL SISTEMA

Todos tenemos derecho a pertenecer por el solo hecho de existir, de allí se desprende el que ocupemos un lugar en cada sistema del que hacemos parte. Es también un derecho ocupar ese nuestro lugar.

Como ya vimos, en los sistemas este lugar solo tiene sentido mediante su relación con los otros elementos que la conforman. Tenemos el lugar de hijos respecto a nuestros padres, de nietos respecto a los abuelos, de padres respecto a nuestros hijos, etc.

Es en este lugar que podemos ser nosotros mismos, expresar nuestros valores y habilidades y recibir de la vida y nuestros ancestros lo que tienen para darnos. Si no estamos ocupando nuestro lugar nada de esto es posible.

El reconocimiento de la sabiduría y el conocimiento depositado en las personas más viejas del clan, era garantía de supervivencia para nuestros ancestros milenarios y ello generaba respeto y veneración. Sin embargo, la jerarquía de los que llegaron antes tiene un ingrediente más esencial y es **la transmisión de la vida**.

Es de estos ancestros que nos viene la vida; de la capacidad que tuvieron para sostenerla hasta nosotros ha dependido que hoy podamos ser los que somos y estar donde estamos. Eso los hace más grandes que nosotros, que, como últimos receptores de ella, venimos a ser los más pequeños de nuestro clan.

Cuando las implicaciones sistémicas, el amor ciego o la arrogancia nos impiden ver esto con claridad, nos salimos de nuestro lugar y terminamos viviendo una vida y un destino que no son nuestros, repitiendo el de nuestros ancestros y por ende nos es imposible tomar lo que verdaderamente nos corresponde y que nos viene de nuestros padres.

No seremos felices ni plenos, estaremos actuando sin fuerza ni vitalidad, nos sentiremos como abstraídos de la realidad y actuando por inercia sin un verdadero contacto con ella.

Primero están nuestros padres biológicos, y antes que ellos sus padres biológicos y así sucesivamente. El lugar que ocupamos en esta línea de transmisión de la vida es el de pequeños: hijos, nietos, bisnietos, etc.

Una vez que tenemos hijos pasamos, respecto a ellos, a ocupar el lugar de los grandes, los padres, y luego seremos los abuelos, bisabuelos, etc.

Frente a nuestros **hermanos** también ocupamos un lugar que está dado (igual que con los padres y abuelos) por el orden de llegada. No es lo mismo ser el hermano mayor que el segundo, el tercero o el menor. Cada lugar es diferente a los otros y sólo hay uno que es el nuestro. El lugar que ocupamos respecto a nuestros hermanos no cambia porque algunos de ellos sean hijos de sólo uno de nuestros padres.

Al crecer y formar **pareja** también hay una jerarquía relacionada con el orden de llegada. Quien llegó primero siempre será la primera pareja, y con mayor razón si hay hijos de por medio.

Si conformamos una relación con alguien que ya ha tenido uniones anteriores es importante ubicarnos en el lugar que nos corresponde como los segundos, terceros..., respecto de ellas ya que gracias a que hicieron lugar, nosotros podemos gozar de esta nueva relación.

Dentro del sistema familiar, sus miembros ocupan un lugar de jerarquía que está definido, como ya vimos, por el orden de llegada. **Al conformar nuevos sistemas familiares aparece la prioridad de los últimos sobre los primeros. Cuando**

formamos pareja, este nuevo sistema tiene prioridad sobre el de nuestros padres.

Cuando tenemos una nueva pareja, este sistema tiene una prioridad sobre el que formamos con nuestras parejas anteriores, sin detrimento del reconocimiento del orden de llegada.

Hay lealtades a nuestro sistema familiar de origen pueden llevarnos a salirnos de nuestro lugar y pretender ocupar el de otro, es entonces cuando ocurre el desorden.

TERCER ORDEN: EQUILIBRIO ENTRE EL DAR Y TOMAR. INTERCAMBIO

Lo primero que se toma es la vida, pues sin este primer acto sería imposible existir. A partir de allí seguimos tomando aquello que los cuidadores (padres o sustitutos) nos brindan: cuidados, alimento, abrigo, amor, y es así como recibimos la satisfacción de las necesidades básicas que se requieren para subsistir.

También así se inicia el intercambio. Retribuimos de distintas maneras lo que vamos recibiendo. Retribuimos a través de la imitación, haciéndolo como nuestros progenitores lo hacen, o simplemente por el impulso innato de hacerlo.

- Primero tomo y luego doy. Si tomo puedo dar, si no tomo me agoto y no tengo nada para dar.
- El que sólo recibe o sólo toma. Pierde el poder para construir su propia vida al no darse la oportunidad de crecer por sí mismo aportando elementos de su propia creación. Se debilita, se estanca, no genera ni se renueva.
- El que sólo da. A más de que no tiene poder pues todo lo da, tampoco se quiere ya que desconoce el valor interior de retener y enriquecerse con su propia creación. Esta actitud lo conduce a terminar dando desde la escasez de su propia valía. El no merecimiento es una justificación para no tomar.

Los vínculos dentro de los sistemas se ven fortalecidos o debilitados dependiendo de la manera en que la compensación se dé. El equilibrio fortalece los vínculos y la calidad de las relaciones es una manifestación de ello.

El acto de compensar se puede catalogar como: positivo, negativo o neutro.

Compensación positiva

Es cuando devuelvo un poco más de lo que recibo. ¿Cómo opera? Si recibo algo bueno de otro se crea un desequilibrio que hace que de inmediato me sienta en deuda con él y quiera compensarlo.

Si le doy un poco más de lo que recibí entonces la compensación es positiva y de nuevo entramos en desequilibrio, porque ahora es el otro el que se siente en deuda conmigo y busca compensarme. Con esta dinámica en continuo movimiento se da una armonía que **fortalece los vínculos y el amor.**

Compensación neutra

Cuando devuelvo exactamente lo mismo que recibí la compensación es neutra.

Es decir que sí hay compensación, pero el otro no queda en deuda y por lo tanto se llega a un punto de neutralidad en el que el intercambio cesa.

En este caso la relación no se ve fortalecida y tiende a la disolución por inercia.

Si no buscamos la Compensación Positiva y decidimos “dejar así”, el otro acabará alejándose de la relación porque ya no tiene qué más compensar. En cambio, al exigir que la compensación sea un poco más, la relación sigue siendo de intercambio y perdura.

Compensación negativa:

Si devuelvo menos de lo que recibí no hay compensación. El desequilibrio inicial permanece y el vínculo no se fortalece, más bien se debilita, poniendo en peligro la relación.

Cuando lo que recibo es percibido como malo, que hace daño o causa dolor o sufrimiento se busca compensar devolviendo algo de las mismas características, es decir algo que también cause dolor. En palabras de Hellinger: “Cuando alguien comete una injusticia conmigo, siento la necesidad de vengarme”.

Si devolvemos algo peor de lo que recibimos, el desequilibrio se mantendrá hacia el lado negativo debilitando el vínculo y si esto sucede de manera constante, la posibilidad de compensación positiva es cada vez menor.

La compensación se tornará positiva y fortalecedora del vínculo si lo que devolvemos en negativo es un poco menos de lo que recibimos. Es decir que si entre lo que recibimos y damos el saldo es positivo, la relación se puede reactivar.

Si no buscamos esa compensación y decidimos “dejar así” o negativizarla más, la relación corre el riesgo de acabarse. Al darse la compensación debida, la relación sigue siendo de intercambio y perdura. La venganza, el resentimiento, el odio, el irrespeto, la intolerancia, la arrogancia, el orgullo y la falta de humildad; negativizan las relaciones y las conducen a la ruptura.

Dar o recibir en exceso o sin compensación genera un desequilibrio que debilita los vínculos y acaba la relación. La sensación de estar debiendo algo imposible de compensar, hace que quien recibe se sienta agobiado por no poder compensar y se vaya de la relación.

Igual sucede cuando no se recibe por el simple hecho de no quererse comprometer, o cuando el que da se agota por no recibir la energía requerida para que se mantenga el intercambio.

Dar en exceso agota, deja al otro en posición de no poder compensar.

Recibir en exceso deja en deuda. Al no compensar, la deuda crece y hace que la persona se vaya de la relación.

En el Tomar y Dar cuentan: sentimientos, emociones, dedicación, tiempo, respeto, valoración, apoyo y muchas otras cosas más. No solo es lo material

Podemos decir: Entre iguales: hermanos, esposos, socios, compañeros, colegas, amigos etc. Comparten igualdades. Entre desiguales: padre/hijos, Debido a la jerarquía, los mayores dan y los menores toman.

Cuando los hijos se olvidan que son hijos y actúan como si fueran sus padres: se están saliendo de su lugar, los están desplazando, se están arrogando derechos y de esta manera el intercambio y la compensación se detienen afectando la relación y debilitando el vínculo, sin contar con los desórdenes que a nivel de jerarquía y pertenencia se generan y que si no se reordenan se pueden proyectar en sus hijos y generaciones venideras con consecuencias siempre dolorosas para los que vienen después.

1) Desórdenes y alteraciones en el equilibrio entre el tomar y el dar

Sólo tomo y no doy: Las relaciones que se desarrollan bajo esta dinámica están destinadas al fracaso puesto que quien toma y toma sin dar nada a cambio, o sin restituir lo tomado, termina por agotar la fuente de donde toma, se convierte en vampiro que diseca y genera todo tipo de dolor, malestar y resentimiento.

Estas personas son arrogantes pues creen que se lo merecen todo, toman tanto que se arrojan derechos que no les pertenecen incluso hasta decidir por el otro y les falta humildad para permitir el libre fluir de la energía del tomar y dar que enriquece y fortalece al individuo, las relaciones y los vínculos.

Este desequilibrio se ve con frecuencia en algunas relaciones de pareja, donde se toma y se toma, o se exige y exige sin tener en cuenta cómo se compensa, o si se compensa, no se tiene en cuenta la medida en la que se está haciendo para restituir lo que se ha tomado.

Solo doy y no tomo: Están en riesgo de entrar en depresión por el vacío que genera esta actitud. Entre esposos, entre hermanos etc.

Hay personas que se niegan a tomar o recibir de otros por miedo a quedar comprometidos o a sentirse en deuda y prefieren que sea al contrario, que el otro se sienta comprometido, como si ello se convirtiera en garantía de continuidad de la relación.

Lo que no saben los que adoptan esta actitud es que están generando sentimientos de minusvalía, lastimando la estima y coartando la libertad del otro por la presión que les genera recibir y recibir sin poder compensar, bien porque el otro no acepta lo que se le da queriendo compensar, o porque no se tiene la capacidad de compensar en la misma medida o más.

La baja estima, la presión o el resentimiento “impiden valorar lo recibido”.

Desde la culpa no se puede tomar ni se puede expresar gratitud, impidiendo que el entregar y el tomar fluyan libremente”. Quienes se niegan a tomar o recibir para no asumir ningún compromiso están en riesgo de entrar en depresión por el vacío que genera esta actitud.

Negarse a tomar por arrogancia y por un excesivo costo: Hijos que se creen superiores a sus padres

El negarse a tomar por arrogancia sucede cuando los hijos se ubican en un nivel superior al de los padres creyendo que saben más que ellos, por ejemplo por haber estudiado más o por considerar que ya son obsoletos para la época. Entonces el hijo se niega a tomar lo que le ofrecen los padres porque considera erradamente que él lo hace mejor que ellos, olvidando de quién y de dónde provino y proviene su éxito, y garantizando con esta actitud implicaciones para sí mismo y su descendencia.

La mayor felicidad de un padre se da al ver cómo sus hijos crecen, avanzan, progresan y obtienen éxitos materiales y como personas de bien, en respuesta a la dinámica en la que los padres dan y el hijo recibe, para más tarde compensarlo con su proyección personal y la de sus propios hijos.